

## EL ULTIMO VIAJE

Jorge Cepeda González \*

**Sábado 19 de abril de 1879.**

**A**nochecía en Valparaíso cuando el 19 de abril de 1879, el vapor *Lontué* arribó al puerto. Era una fría noche de sábado otoñal que presagiaba la pronta llegada de un invierno inclemente. Una húmeda neblina se había dejado caer durante la tarde en la bahía, borrando las siluetas de los buques anclados en la cercanía. Desde la cubierta el Comandante Arturo Prat, envuelto en una gruesa levita, se disponía a bajar al bote que lo llevaría hasta el muelle. Eran casi las 10 de la noche, hora en que sus pequeños hijos –Blanquita y Arturito- estarían ya sumidos en el dulce sueño de la inocencia.

Fuertes golpes de remo lo llevaron prontamente hasta la orilla y desde allí, con paso firme el joven marino se dirigió hacia la plaza de la Intendencia en donde, ¡gracias al cielo!, encontró un pequeño carruaje de tiro que lo llevó cruzando las empedradas y oscuras calles de Valparaíso hasta su casa en la calle Costado de San Agustín, muy cerca de la plaza de la Victoria.

El coche se detuvo justo en la esquina de San Juan de Dios con la calle de la Iglesia del Espíritu Santo. Arturo bajó de él y se encaminó hacia la entrada de su casa. Carmela, su esposa, que sabía de antemano su regreso, le esperaba. El encuentro fue tan cálido como las muchas ocasiones anteriores en que, después de largas ausencias, él regresaba al hogar. Un largo abrazo allí en el inicio de la escala se prolongó luego hacia las dependencias del segundo piso, hasta donde subieron los amantes esposos en amena charla. El preguntó por los niños, por su madre y la abuela, ella le informó de todo cuanto preguntó, al tiempo que, con un gesto de silencio hecho con su mano le señalaba el dormitorio de los pequeños, indicándole con ello que a esa hora dormían. Arturo se encaminó en puntillas hacia sus pequeñas camitas y les saludó con un suave beso en la frente.

Al tanto de la salud y bienestar de la familia, pasaron al comedor en donde se les unió Isaías, el fiel mayordomo de la casa. Ambos hombres se saludaron cordialmente y luego los esposos se sentaron alrededor de la mesa a conversar, junto a una humeante taza de té que les devolvió el calor que necesitaban. Allí Arturo le contó los pormenores de su última comisión al norte, noticias que ya le había contado en las innumerables cartas que le escribió desde Coquimbo, Caldera e Iquique.

Carmela, que ha tomado por costumbre guardar todas las cartas, notas y mensajes que él le ha escrito desde que se conocieron, se dirige hacia el dormitorio y, desde un pequeño cofre saca su más preciado tesoro: un paquete de cartas envueltas en un papel que dice: “Cartas de mi esposo”. De regreso en el comedor saca de entre ellas una hoja doble de libreta de notas que tiene impreso el membrete de Rafael Sotomayor: es la carta que le escribiera desde Coquimbo, el 30 de marzo. Después de leerla y de intercambiar algunas opiniones, Carmela, que pretende guardar su correspondencia para mostrarla algún día a sus hijos y nietos, toma una tijera y corta de ella un trozo de papel, un rectángulo al final de la carta, en donde Arturo le había escrito junto a su nombre, un íntimo pensamiento. Lo mismo hace con la carta del 7 de abril que él le envió desde Iquique, allí en el párrafo en que dice: “... i tu mi vida recibe el corazón de tu...”.

Miradas de complicidad se cruzan entre ellos, a la par que sugerentes sonrisas se reflejan en sus rostros. Arturo continúa su relato informándole que su regreso obedece a razones propias de la guerra que recién ha comenzado. Al día siguiente deberá partir urgente a Santiago a gestionar la compra de un buque para la Marina, por lo que las horas se hacen pocas para los amantes esposos. ¡Tienen tanto de que hablar, tanto que contarse!, mas el tiempo es escaso y la noche pronto les envuelve en la oscuridad, allí en la calidez del hogar.

**Miércoles 30 de abril de 1879.**

La última semana del mes se cierne sobre la ciudad con un mal tiempo que hace pensar que el invierno se ha adelantado. El miércoles 30 de abril una fuerte lluvia cae sobre Valparaíso, inundando y anegando las calles, lo que no impide a Arturo viajar a Quillota a visitar la tumba de su padre y a su regreso, subir hasta el cerro Panteón, a orar junto a la tumba de su hijita Carmela, de su abuelo Pedro, de su suegra y de sus tíos.

El 1 de mayo continuó la lluvia, sin embargo durante la tarde las condiciones cambiaron llegando a alumbrar un cálido sol primaveral, lo que es aprovechado por el matrimonio para salir de compras al centro de la ciudad. Encaminaban sus pasos por San Juan de Dios hacia Bellavista mirando las vitrinas de las tiendas de ropa, buscando un buen par de guantes de cuero que Carmela quiere regalarle a su marido, como presente de cumpleaños. Atrás quedan la sastrería Italiana de José Fesce y la droguería del señor Zilleruelo –en donde compran algunos remedios para los niños-, el foyer del teatro Odeón, en donde se entretienen mirando las coloridas carteleras que anuncian los próximos estrenos y la plaza del Orden, en donde detienen sus paseo para saludar a los dueños de la joyería Suiza, la familia Moyón-Raggazone, una de cuyas hijas –Matilde- pretende Ricardo, el hermano menor de Arturo.

Después de ese alto, continúan por la calle del Cabo mirando el gran movimiento de pasajeros que todavía a esa hora de la tarde se nota en los alrededores de los hoteles “Donnay”, “Colón” y “Francés”. Al llegar a la imprenta del diario “El Mercurio”, cercana al Crucero de Reyes, Carmela decide visitar la recientemente inaugurada tienda “A la Ville de París”, en cuyos escaparates se exhiben las últimas modas en ropa para damas y caballeros, traídas directamente desde París y Londres, y que atiende personalmente su dueño, con Carlos Sackel. Allí pide ver varios modelos de guantes, de diversas calidades y precios, decidiéndose por fin, por un fino par de guantes de cuero café, de la afamada fábrica francesa Preville.

La tarde está cayendo rápidamente y la escasa luz comienza a dar paso a la oscuridad que se cierne por la ciudad. De la misma tienda los esposos deciden regresar al hogar deshaciendo el camino ya recorrido. Al llegar cerca de la plaza de la Victoria escuchan los sonos de suaves melodías que interpreta la banda de Artillería. Arturo y Carmela, cual pareja de novios, se dejan llevar por el éxtasis de la música encaminando sus pasos hacia ese lugar. En el cielo negras nubes de lluvia se deslizan suavemente cubriendo a ratos la gélida luna otoñal. A los acordes de la Gran Fantasía de Nabucodonosor le sigue el suave vals de las Rosas, para finalizar con un regio Paso Doble. La pareja disfruta cada arpegio salido de los instrumentos y cada nota musical resuena en sus oídos como la dulce declaración de amor del otro. Las palabras no son necesarias para ellos, pues entienden a la perfección el lenguaje de la música, que es su propio lenguaje de amor.

Toda la escena derrocha armonía y a pesar del frío de la noche hay calor en los corazones. Cada elemento que la compone pareciera encajar a la perfección como parte de una gran obra maestra, en la cual ellos se hayan inmersos como actores. Sólo los negros nubarrones que se arrastran por el húmedo cielo parecen desentonar en la fantástica pintura. ¿Serán presagios de futuras desgracias?

¡Qué ridiculez! ¿Quién se atrevería a pensar en ese momento, en semejante desproporción?

Cuando los últimos sonos de la banda se pierden en el éter, Carmela y Arturo, tomados del brazo, se retiran hacia el hogar.

### **Sábado 3 de mayo de 1879.**

El sábado 3 de mayo al mediodía, tal cual se lo había prometido a su madre y a su tía, Arturo y toda la tripulación de la *Covadonga* se haya formada en el muelle, a un costado del buque, dispuesta para recibir de manos de un grupo de damas de la sociedad porteña, el escapulario de la Virgen del Carmen. Prat y sus oficiales al frente encabezan la marcial formación.

Doña Rosario Chacón se acerca a su hijo en compañía de su cuñada Rosario Orrego, madre de Luis Uribe. Ambas mujeres visten de rigurosos luto, propio de la época, dándole a la ceremonia un carácter de gran solemnidad. Arturo se quita la gorra e inclina su cabeza al tiempo que su madre le cuelga al cuello la sagrada estampa; un fuerte abrazo sella tan singular rito mientras una gran emoción recorre sus cuerpos de la cabeza a los pies. Por largos segundos que parecen interminables, madre e hijo parecen ser una sola persona, cuando se separan, ella refleja en su rostro y en su mirada el martirio de la pena contenida. Sin ella saberlo está allí en el muelle despidiendo a su hijo más querido y al que nunca más verá, y aunque quiere llorar se sobrepone recordando las palabras que Arturo le ha susurrado al oído, al prometerle que volverá.

Igual sentimiento se trasluce en el rostro de doña Rosario Orrego, mujer de gran sensibilidad, poetisa de excelente calidad y por sobre todo, mujer de extraordinaria belleza. Ella es la madre viuda del mejor amigo y compañero de Arturo: Luis Uribe Orrego, que se ha casado en segundas nupcias con su tío Jacinto Chacón y cuyo destino también está sellado. Cuando Arturo se despide de ella, no se imagina, ni ella tampoco, que aquella es la despedida de dos seres que nunca más se verán, ya que el destino les unirá en la misma fecha, en su viaje a la eternidad.

A la hora del almuerzo Arturo se reúne por última vez con sus hijos. Juega con Blanca Estela, mientras que Agustín Arturo retoza en sus brazos, ausente de la solemnidad que envuelve el encuentro

familiar. Mediando la tarde y después de despedirse de su madre, su abuelita y el resto de la familia, Arturo abandona su casa y se dirige a su buque.

Al caer la tarde, cuando las campanas de la iglesia de San Francisco repican el Angelus, un coche de tiro detiene su andar muy cerca de las escalinatas del muelle fiscal. Se abre su portezuela y en la semipenumbra del atardecer se recortan simultáneamente las figuras de dos hombres forrados en gruesos abrigos, seguidos de una dama envuelta en ropajes de invierno: son Carmela Carvajal, su hermano David y su cuñado Ricardo que vienen a despedir al esposo, cuñado y hermano, que parte una vez más hacia el norte, sólo que esta vez lo hace hacia el centro de la guerra. El inusual movimiento en el muelle advierte a los vigías de la cañonera, los que en una rápida sucesión de mensajes transmiten la información hasta el mismo comandante. Arturo que a esa hora se encuentra en su camarote, es advertido de la presencia de su esposa junto a dos hombres que la acompañan; baja al muelle y se une al grupo que, inicia un incesante deambular en pos de acortar el tiempo que los separa de la hora del zarpe.

Ricardo es portador de un encargo de la tía Clara, que por lo agitado de los últimos días no ha podido despedirse de su sobrino. Le ha enviado un cajón de frutas, pasteles y algunas imágenes religiosas para que acompañen al joven guerrero. Por su parte David, trae desde Curimón el saludo y el recuerdo de su hermano José Jesús, de su cuñada Antuquita Arrieta y de su pequeño sobrino.

El frío otoñal se hace más intenso y allí, casi pegados a la orilla, penetra hasta los huesos. Los jóvenes esposos, tomados del brazo, intentan protegerse apegándose el uno contra el otro. Pronto las sombras de la noche, que en mayo caen temprano, les van cubriendo con su manto, sellando en el secreto del silencio las palabras que ambos se dijeron en su última despedida.

¿Qué se dijeron Arturo y Carmela esa noche?

¿Fue acaso una despedida más, o estuvo rodeada de algún presentimiento?

¿Temió Carmela alguna desgracia que no quiso comunicar a Arturo?

Nadie lo sabe. Las palabras de ambos quedaron grabadas en la mente de Carmela, en Valparaíso y también viajaron a Iquique con Arturo. Allí le esperaba un nuevo escenario. El destino moverá sus piezas de tal manera que el joven Comandante Prat deberá volver a pisar la cubierta de la vieja *Esmeralda*, a cargo de un tedioso bloqueo del puerto, en tanto el grueso de la flota viaja al norte en pos del enemigo, para cubrirse de una gloria que no alcanzarán y que, con los ropajes púrpura del dios Marte, viene cayendo hacia el sur en la proa de un coloso marino dispuesto a presentar batalla.

-----